

El profesorado de Filosofía se queja porque su asignatura va a disminuir sensiblemente su presencia en el anteproyecto de la nueva Ley Orgánica de Educación, LOE, que se encuentra en fase de consulta. Por idénticos motivos protesta el de Plástica, Música y Tecnología. Defienden sus intereses legítimos y tienen sus razones. Como las tendría el profesorado de Historia,

rio para comprender críticamente las claves del desarrollo de la humanidad y de la sociedad actual, además de mejorar su bienestar personal y social. Algo que exige una movilización social para que el debate incluya la confrontación de otras voces y opiniones, más allá del coto escolar. Entonces, probablemente, se percibirá con más nitidez que la fórmula cultural y

También la experiencia acumulada por diversos colectivos docentes, desde las primeras redes presenciales a las virtuales más recientes, ha demostrado en la práctica la bondad de estos enfoques globalizadores: desde los lejanos centros de interés y las lecciones de cosas hasta los actuales proyectos de trabajo o la organización del currículo a partir de problemas rele-

Se trata de pensar cuáles son los conocimientos que se requieren en pleno siglo XXI

Cambio de mirada

de Matemáticas o de Lengua si les sacaran horas. O como igualmente las tendría el Colegio de Economistas o de Antropólogos si dijieran que lo suyo es fundamental para comprender el funcionamiento y el desarrollo de la sociedad y que, por tanto, debe incluirse como materia obligatoria en el currículo.

¿Qué razones epistemológicas existen para incluir o excluir una materia o para determinar su peso exacto en cada nivel educativo? Este camino sólo conduce al enfrentamiento corporativo –quien presiona más se lleva una mayor tajada del currículo- y a la sobrecarga incesante de contenidos, cada vez más difíciles de digerir. ¿Existe alguna solución alternativa? Sí, por supuesto. Pero ello requiere cambiar radicalmente la mirada: no se trata de supeditar la selección y aprendizaje de los contenidos a los intereses corporativos del profesorado de cada materia, sino de pensar cuáles son los conocimientos que se requieren en pleno siglo XXI para que la futura ciudadanía adquiera el capital cultural necesari-

pedagógicamente más eficaz no es la organización fragmentaria del saber en asignaturas aisladas, sino su interrelación e integración. Como muy bien explica Edgar Morin, uno de los teóricos más lúcidos a la hora de justificar la necesaria interdependencia entre los diversos saberes, “difícilmente nos damos cuenta de que la disyunción y el parcelamiento de los conocimientos no sólo afectan a la posibilidad de un conocimiento del conocimiento, sino también a nuestras posibilidades de conocimiento acerca de nosotros mismo y del mundo”. Otros teóricos de probada solvencia intelectual –pedagogos o no- han puesto de relieve que la integración y la globalización dan más sentido al conocimiento y permiten que el sujeto tenga con éste una relación más sólida y cercana. Ello permite, además, que la cultura que se transmite de generación en generación se vaya reconstruyendo de forma continua con un mayor protagonismo tanto del profesorado como del alumnado, amén de otros agentes comunitarios.

vantes. Muchos maestros y maestras han demostrado que así se aprende más y mejor; y se contribuye de modo extraordinario a subir el nivel educativo. Claro está que para extender y consolidar este tipo de miradas y prácticas innovadoras hay que replantear radicalmente la formación inicial y permanente del profesorado. No basta con alargar los estudios de magisterio a cuatro años ni aumentar la oferta formativa. El problema, como el del currículo, no es cuantitativo, sino cualitativo, de cambio de mirada.



JAUME CARBONELL SEBARROJA,
director